

Dentro de la serie Astrolabio de EUNSA acaba de aparecer este volumen que viene a sumarse a los títulos que esta editorial ha dedicado a reflexionar sobre la identidad, misión y papel de la Universidad. La valiosa contribución de estos volúmenes tiene pleno sentido de cara a reflexionar sobre los fundamentos del quehacer universitario. No cabe duda de que una institución que ha pervivido durante más de siete siglos a todos los cambios sociales, políticos y culturales tiene no solo una vocación de permanencia, sino, sobre todo, un papel clave dentro de los mismos.

Si nos encontramos no en una época de cambios, sino en un cambio de época –como ha señalado el papa Francisco en más de una ocasión–, no cabe duda de que reflexionar sobre la identidad de esta institución es una de las claves para integrar su desarrollo y sus perspectivas. Es ahí donde el presente título arroja su luz particular. Como el propio título indica, sus autores, catedráticos de la Universidad Francisco de Vitoria, articulan el quehacer universitario a la luz de la realidad personal como mejor modo de renovar la tradición, de mantener vivo el fundamento de la Universidad. Como dicen en su presentación, titulada “Acercamiento a la persona”: “Si queremos hablar de una comunidad universitaria enfocada hacia la persona, hemos de articular todas las claves filosóficas, teológicas, ontológicas, antropológicas, morales y psicológicas implícitas en el concepto. Y no olvidar que también hay notas sociológicas, científicas, jurídicas, estéticas... Todas dicen relación con la persona, pero no todas de la misma manera y con la misma importancia” (p. 12).

Así, a lo largo de seis capítulos, buscan mostrar de qué manera el concepto de persona nos ayuda a repensar el quehacer universitario como la tarea de la persona que busca la verdad. Es interesante ver cómo en el primer capítulo, “La persona no es un término personalista”, recogen lo esencial del concepto de *persona* en diálogo con las distintas tradiciones y disciplinas que lo abordan. Si la escuela personalista puso en el siglo XX a la persona en el centro de su reflexión, mostrando su virtualidad, se corre

el riesgo de que algunos reduzcan su uso al de un vocabulario sectorial, en vez de entender que es la potencia de dicho concepto la que ha permitido ese uso de escuela, sí, pero también su integración en una reflexión más amplia.

El resto de los capítulos van desarrollando, a partir de ese primer establecimiento de los elementos principales del concepto de *persona* en relación con la filosofía, la psicología y la teología, como se traducen en el quehacer propiamente universitario. Renovar la tradición significa recuperar, primero, el sentido de la vocación personal al saber en sí mismo, a la Verdad. De este modo, en el capítulo segundo se muestra cómo la persona se desarrolla en la creación de cultura, en la búsqueda del significado de lo que existe. Lo que, como explican en el capítulo tercero, significa también que la persona busca, encuentra y dialoga con la Verdad: las ciencias han de estar en relación entre sí, so pena de caer en usos ideológicos. Para lo cual es clave que entendamos que son los científicos, las personas que hacen ciencia, los responsables últimos de que cada una de las disciplinas no se encierre sobre sí misma, convirtiéndose en fin, sino que sea medio al servicio del bien común.

A explicar cómo hacerlo, dedican los autores los tres últimos capítulos. El cuarto, describiendo que la Universidad es, precisamente, comunidad de personas. Sus figuras tradicionales (claustró docente y facultades) son algo más que categorías administrativas. O al menos deberían serlo: renovemos la tradición desde esa identidad personal de vocación al saber. En el capítulo quinto ponen las bases para el auténtico diálogo entre ciencias, que es diálogo entre científicos, claro. Ampliar los horizontes de la racionalidad, después de la era del pensamiento débil y la sociedad líquida, podemos hacerlo sobre las bases de una comunidad al servicio de la persona que busca la Verdad. No cabe duda de que es una manera genuinamente renovada de entender la tradición universitaria.

Finalmente, los autores apuntan en el capítulo sexto cómo poner “el servicio de la verdad a la edificación del bien común”, conscientes de que solo así la Universidad se convertirá en un auténtico espacio de libertad.

En sus últimas páginas, “A modo de conclusión”, los autores recuerdan que la Universidad no ha dejado de ofrecer a la sociedad, incluso en momentos de adoctrinamiento o de control ideológicos, desde la clandestinidad y la escasez de recursos, “lo que constituye su identidad desde el inicio: la búsqueda desinteresada de la Verdad y su transmisión para ofrecer a los estudiantes y a la sociedad un horizonte de plenitud” (p. 133). El presente volumen aporta una guía valiosa para renovar esa tra-

dición, sin duda, mostrando cómo son las personas quienes buscan la Verdad con todo su ser, por encima de sesgos utilitaristas, cientificistas, ideológicos o economicistas, las que hacen de este mundo y esta sociedad lugares más humanos.

Susana Miró López